

CELIA E. VERNAZ

LA COLONIA SAN JOSÉ
Y
LA VOZ DEL INMIGRANTE

125º ANIVERSARIO DE LA FUNDACION

1982

PA

25.707

EDICIONES COLMEGNA
SANTA FE — ARGENTINA

Para la Biblioteca
Cantonal del Valais,
una valsesca argentina



Sauz J. - Entre Ríos
Argentina
diciembre 1985

Médiathèque VS Mediath



1010794321

PA 25707

LA COLONIA SAN JOSÉ
Y
LA VOZ DEL INMIGRANTE

Queda hecho el depósito que previene la ley
Reservados todos los derechos

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

I.S.B.N. 950-035-009-2

CELIA E. VERNAZ

LA COLONIA SAN JOSÉ
Y
LA VOZ DEL INMIGRANTE

125º ANIVERSARIO DE LA FUNDACION
1982

LIBRERÍA Y EDITORIAL COLMEGNA S.A.
SANTA FE — ARGENTINA

PA 25.707



071/98

LA COLONIA SAN JOSÉ

Antecedentes

A mediados del Siglo XIX, diversas poblaciones europeas se ven afectadas por movimientos migratorios dirigidos hacia América. Las causas son múltiples, y las circunstancias en que se producen varían, según los países. Existen lugares en que el proceso adquiere matices heroicos dando lugar a una historia llena de sentimientos. Este es el caso de Suiza, Saboya y Piamonte. De sus lares se desprenden familias enteras, porque sus montañas, desgarradas por la miseria, no se comprometen a mantener a sus hijos en tiempos venideros. Falta trabajo. El hombre tiene que hacerse mercenario para sobrevivir. Las guerras agotan el espíritu, y un deseo ardiente de aferrarse a la paz se apodera de ese grupo humano que desea partir. Algunos, que tienen una buena posición económica, sueñan con las promesas del continente americano y sienten lo desconocido como un llamado incesante que deben cumplir.

La odisea de la colonización presenta hechos simultáneos que se aúnan en la empresa. En Basilea, surge una firma contratista: Beck, Herzog y Cía. que registra diariamente a los interesados en emigrar. Tiene agentes, como

Juan Lelong, que establecen el contacto con la Argentina. En este país, la flamante Constitución apoya ampliamente el principio de Alberdi: "gobernar es poblar". Las puertas se abren, sin obstáculos, a todos aquellos hombres que deseen trabajar y labrarse un sano bienestar.

Ante esta situación, las autoridades de la provincia de Corrientes solicitan inmigrantes para formar una Colonia. Comienza, entonces, el movimiento colonizador.

Preparativos para el viaje

El jefe de familia inicia las gestiones. Las condiciones exigidas hacen posible la partida de todo el núcleo de parientes unidos por fuertes lazos de sangre: los hijos, el padre, el hermano. Se invita también al vecino, se busca al amigo y se consulta al juez. El cura del pueblo da su consentimiento. Las tareas se precipitan, y se ultiman los detalles.

El padre lee la reglamentación hasta el cansancio, firma papeles, prepara el baúl. No olvida el fusil que lo ha acompañado en tiempos difíciles: tal vez lo ayude a abrirse paso ahondando el coraje y fortaleciendo la decisión. También lleva las herramientas de trabajo que forjarán su futuro. Muy cuidadosamente, reciben el lustre que su dueño les impregna, casi con unción, depositando en ellas toda la confianza de un venturoso porvenir. Luego, hay que arreglar la herencia, pues no se cuenta con un regreso: la casita, el terreno, el viñedo. Al corazón parece que se le ha abierto una brecha: la sangre no corre, sino, huye por las venas en desenfrenada carrera. Un misterio insondable se ha ganado en la mente del emigrante: unas veces, amorfo, como la nada; otras, tiene rostro de esperanza.

La mujer colabora en la partida dando equilibrio a las cosas. Busca el detalle: la pañoleta de la abuela, el vestido de bodas, el libro de oración... En una tosca caja de madera guarda el reloj cansado de marcar el tiempo, la porcelana heredada, el bruñido espejo. Además, secreta y tiernamente, como un descargo de conciencia coloca en un papel de seda, un mechón del cabello de su madre, quien tiene muchos años y prefiere dormir el sueño eterno junto a sus antepasados. Algo se desgaja de cada esposa que intuye el mañana. Días repletos de incertidumbre son vividos con intensidad pues sabe que luchará con denuedo. Sin embargo, el desánimo no cabe en su pecho: perfila en la distancia, el bienestar de sus hijos por quienes emprende la aventura.

Cuando todo está listo, más de cien familias observan con detención el marco sublime de sus montañas, las laderas regadas con el llanto de los pinos, la cruz de la Iglesia en plegaria permanente. Hay un suspenso expectante en el pueblo: palabras que no son pronunciadas, sonrisas bañadas por las lágrimas, abrazos profundos, casi eternos. ¡Cuántas cosas habría que decir para cubrir el tiempo infinito! Casi es mejor el silencio.

Chicos y grandes cuentan los baúles para no perder ninguno y levantan el pañuelo, ya mojado, mientras ascienden al tren que los llevará hasta el puerto de "El Havre". El eco del adiós se anida para siempre en aquel rincón alpino. Adelante, está el sol de América: la búsqueda de su luz fortalece el valor.

Rumbo a América

El 18 de marzo de 1857, el grupo de inmigrantes sui-

zos, saboyardos y piamonteses se embarca en el “Mary Mc Near”, rumbo a Buenos Aires. La partida se realiza el domingo 22 del mismo mes, por la mañana. Tres meses largos de navegación contribuyen a cimentar la empresa. Los dulces sueños tejidos en días interminables alternan con horas de angustia y ansiedad. El mar parece jugar con el buque, pues tanto se enfurece con su oleaje aterrador, como se tranquiliza, de pronto. No falta el mareo, el enfermo que se desespera o el grito del recién nacido. Nunca estos seres humanos se han sentido tan hermanos como ahora, frente a un común designio. Brotan constantemente las palabras de aliento, y oran con fervor. Viaja, entre ellos, un médico solícito a quien no terminan de agradecer sus nobles servicios. El canto es el aliado muy querido de todas las horas del viaje. Cuando el tiempo lo permite, se reúnen en la cubierta de la nave, donde los himnos y canciones se pierden en la distancia como tendiendo todavía un puente con la patria que han dejado entre los Alpes. Si las lágrimas enjugadas debieran contar su historia, confundirían su origen: seres queridos de los que se alejan cada día y tierra bendita que los espera con ansias.

Noventa días de navegación. Agotados y deshechos de emoción e incertidumbre, los inmigrantes arriban, por fin, a Buenos Aires. No son buenas las noticias. Corrientes, de quien han visto en las lejanías sus naranjos, rechaza el contingente. Entonces, Carlos Beck, de la firma contratante, gestiona ante el General Urquiza, un lugar donde ubicarlos. Se los destina a las tierras del Ibicuy, al Sur de Entre Ríos, pero por el peligro de inundaciones, son trasladados en embarcaciones menores por el Río Uruguay, hasta la Calera Spiro, al Norte de Concepción.

Desembarcan el 2 de julio de ese año, 1857.

La Colonia San José

Apretujados y envueltos en los abrigos, con los cuellos levantados por el frío, la mirada fija en el horizonte y un gesto amargo en el semblante, preguntan, angustiados: ¿dónde están los naranjos? El espinillo, los talas y el ñandubay dominan el monte virgen y tupido. A aquéllos, habrá que plantarlos. ¿Dónde alojarse? Sólo hay un horno de cal. El espeso follaje brinda su techo. La vivienda se improvisa con baúles, troncos y mantas. Habrá que cazar carpinchos, patos y teros para comer. Varias veces se han repetido: ¡Oh, Dios mío! El invierno penetra en sus venas, pero la esperanza se agiganta en el corazón, y triunfa, lentamente, el sol generoso del verano.

Carlos Sourigues hace la marcación de las tierras y Alejo Peyret es nombrado Administrador de la Colonia. Poco a poco, adquieren sus parcelas; el General Urquiza les facilita animales y útiles de labranza. Levantan sus casas con piedras y maderas, abundantes en la zona. El vecino de Europa se instala en el terreno más cercano, pues hay que ayudarse aún para curar nostalgias. La lucha es intensa, pero no inútil. El arado penetra en la tierra herida, por primera vez, en sus entrañas sedientas. Aparece el trigo, el árbol, la flor. Rápidamente, una campiña salvaje se transforma en vergel. Largas hileras de vid hablan del trabajo cotidiano; el yunque se oye en todas direcciones; los bueyes se desplazan asombrados.

A fines del año 1857, llegan otros europeos llamados por sus parientes y forman un núcleo de 530 personas. En las frías madrugadas, los colonos escuchan el eco del labriego presuroso que quiere ganarle al día y a la vida. Ese canto del amanecer es una oración al Creador por haberle permitido palpar la felicidad del trabajo. Pero, corren tiem-

pos muy duros. ¡Cuántas veces han visto todas las cosechas perdidas por enormes mangas de langostas que, en un instante, han terminado con el esfuerzo de largas jornadas! En ciertos momentos, la tristeza gana la partida por la ausencia de familiares y amigos. ¡Esas montañas, y esa nieve tan hermosa que en la niñez han marcado un sello eterno, han quedado alejadas para siempre!

En pesados carros acuden a la misa del domingo, donde se reúnen aliviando las penas. Entre abrazos y sonrisas todo se comenta: el trabajo, la última carta... En estos coloquios semanales frente a la iglesia, va surgiendo un nuevo lazo que une a los inmigrantes y sus hijos. Hermanados en su destino, con iguales inquietudes, el mismo suelo y una común tradición histórica, viven otra vez el concepto de Patria, con gratitud en su corazón. La bandera que han portado a través de los mares se iza, en las fiestas nacionales, junto a la celeste y blanca. En cada celebración, el nuevo fervor patriótico se hace más fuerte que el recuerdo. Se van sintiendo argentinos.

En los días que siguen a la fundación, la Colonia toma su forma y se convierte en un centro estable, de constante progreso, con sabor a tierra propia. Construyen edificios con solidez; las granjas y las quintas afloran por doquier. Alrededor de la plaza y de la Iglesia han surgido una Villa con negocios, escuelas y talleres. San José constituye un ejemplo típico del movimiento colonizador del siglo pasado. Al cumplir cien años de existencia, sus hijos han querido conservar, en un Museo, todo cuanto testimonia la epopeya vivida por los padres y abuelos: pasaportes, herramientas, objetos... Allí descansan las armas de trabajo que han forjado el quehacer de más de un ciclo centenario. Las palabras pronunciadas al año de su fundación en oportuni-

dad de la inauguración oficial, expresan, al visitante, el compendio de una historia muy sentida que cada descendiente de inmigrante lleva adentro, con profunda emoción:

“Viajero que pasas, detente un momento y escucha: Aquí yace el recuerdo de muchos años de lucha; aquí yace todo lo que fue en tiempos de la formación de la Colonia San José; el moho y el herrumbre han penetrado ya bastante, y con fuerza se ha borrado el brillo que el uso y el trabajo dan a las cosas.

Ve esas campanas enmudecidas: ya no suenan como antes; ve esos faroles desnudos y enlutados... ¡se apagaron! Ve las agujas del reloj, esas monedas, ese arado, esas ruedas... tantas vueltas han dado que hoy descansan, en el silencio de esta casa, ¡gastados!, como aquella estampa de abuelo que los contempla desde el cuadro.

Viajero que pasas, y hoy te acercas a la intimidad cariñosa de estas cosas de antaño, escucha:

Aquí yace el recuerdo del valor del hombre en la lucha tremenda por dar paso a la civilización y el progreso dentro del marco fecundo de la colonización. Cada objeto es un símbolo sagrado desprendido del seno de la Colonia que ha sido traído aquí para perpetuar su memoria a través de los tiempos. Estas puertas, estos muros, esta casa... éste es el solaz bendito bajo cuyo techo seguirán viviendo en la santa paz de los recuerdos, siendo su inauguración oficial, hoy, 20 de julio de 1958, para gloria y justicia de la posteridad.

Viajero que pasas, escucha antes de partir: ya late en cada objeto el Museo Histórico Regional de la

Colonia San José, el eco muy querido e imperecedero de las cosas que viven a través de los tiempos por el amor sincero de sus hijos”.

LA VOZ DEL INMIGRANTE

La Historia exige una mirada hacia el pasado para poder medir el avance de los pueblos hacia el futuro. Cada vez que la investigación se aproxima al hecho memorable de la colonización, la interrogación se agiganta y el deseo de saber más llena los espíritus escudriñadores de nobles empresas. El traslado de familias de Europa a estos rincones de América raya en el límite de las odiseas más grandes y venturosas: la partida, lo desconocido, el mar, la llegada, la naturaleza salvaje, todo, era una conjunción de incógnitas. Historias y anécdotas se han sucedido a través del tiempo. El relato contado por los mismos inmigrantes recogido en cartas familiares y coleccionadas en archivos suizos, es tan importante como otros documentos, aunque el valor de aquellos está dado por el tipo de testimonio.

Paul Parchet, de Vouvry, en "Les Emigrants", 1970, expresa: "Es bueno que las jóvenes generaciones conozcan estos sucesos del pasado, pues la mayor parte de nuestra población vivía esencialmente de la tierra, sufriendo también en los períodos de miseria. ¡Cuánta gente de los distritos de Monthey y de Saint Maurice se han ido, a través de los mares, a la búsqueda de territorios vírgenes, aquellos que no veían la pena de quedarse en su pueblo!

La Colonia San José ha recibido un fuerte grupo de familias. Las cartas con sus parientes europeos son reveladoras de diversas situaciones locales. Todo es bueno conocer para poder interpretar aquel hecho grandioso y captar la voz del inmigrante, sus penas, sus alegrías, sus impresiones.

SOBRE EL VIAJE

Trozo de Jean Baptiste Blatter dirigido al Vicepresidente Moix, de St. Martin, fechado en San José, el 12 de diciembre de 1857.

“Mi conciencia me reprocha todos los días de pasar tanto tiempo sin enviar noticias pues tardar en escribir sería confirmar las invenciones que hacen algunos contra los emigrados, diciendo que estamos todos muertos. Por el contrario, gracias a Dios, hemos dejado los peligros de Valais, y nos ha acompañado en nuestro viaje y en América. Gracias a la Providencia tenemos la satisfacción de decir que estamos todos con buena salud, aquellos que hemos partido del distrito de Hérens y deseo que todos mis parientes y amigos estén bien como yo lo estoy.

Partimos del Valais el 7 de marzo y embarcamos el 22 en El Havre, Francia. El 4 de abril entramos sobre el gran océano. Nosotros íbamos a Corrientes, pero, rechazados, la casa de Basilea hizo un mejor contrato con el General Urquiza para colonizar en la provincia de Entre Ríos y poder hacer todos los avances necesarios.

El 29 de mayo partimos para el Ibicuy en vapor y fuimos atendidos por numerosos pobladores que nos dieron una buena bienvenida, alegrándose de nuestra llegada. Las

mujeres estaban vestidas con seda y los hombres con bandera azul y blanca. Quedamos aquí hasta el 21 de junio, pero como el terreno se inundaba, aunque era hermoso, fuimos embarcados hacia Concepción del Uruguay, en la misma provincia, y llegamos a nuestra colonia sobre los terrenos del General Urquiza, a 8 leguas de la Villa del Uruguay cerca de un bosque. Fuimos retirados en pequeños carros el 3 de julio.

Algo más debo decir del viaje sobre el mar.

En la línea del Ecuador teníamos necesidad de beber y debíamos pagar un franco la botella de agua fresca. La viruela se desarrolló en nuestro barco, y unas 10 personas no han sido atendidas. Han muerto en viaje 12 niños y una joven mujer del Bajo Valais. Un joven fue muerto de un golpe recibido por un marinero por haber grabado con la punta de su cuchillo el borde del barco”.

Párrafos de la carta de un inmigrante, Juan Bodenmann, escrita a sus parientes y amigos desde San José, Entre Ríos, el 10 de diciembre del año 1857.

“...Los alimentos que habíamos comprado, no llegaron, de tal forma que tuvimos que conformarnos para el desayuno, con tomar el café de malta sin azúcar. En cuanto al almuerzo, nunca fue bueno: carne salada o jamón también muy salado, con arroz, habichuelas, papas o arvejas. Para la cena teníamos que conformarnos con un plato de sopa con arroz. Para el día entero no teníamos más que una galleta, que no era otra cosa que un pedazo de pan negro. Este era el modelo de comida que tuvimos a bordo hasta el fin. Pero, no hemos comido como comíamos

en casa. No había vino. Nuestro barco era nuevo, flamante, andaba rápido, pero era muy pequeño, de manera que vivíamos muy incómodos. Dormíamos hasta seis en la misma cama. Claro que las camas eran más grandes que las de casa, y eran empaquetadas en los baúles. Cuando el tiempo era lindo, nos quedábamos sobre el puente, pero cuando el tiempo era feo nuestra vida a bordo se volvía miserable: el olor, el calor, los gritos de los chicos, ¡qué música! Muchos lloraban, otros cantaban, otros reían o se disputaban. Había muchos enfermos. Todo cambiaba cuando mejoraba el tiempo... En alta mar sufríamos de mareos. Caímos todos enfermos menos cuatro: Sigrist, Holzer, Weeger y Hasler. La mayoría sufrió el mareo durante 15 días a 3 semanas. El señor Biderbost tuvo mareo durante todo el viaje, y creíamos que se moriría.

Se compuso cuando lo bajaron a tierra. Durante el mareo, la mujer de Heimen tuvo familia, una hermosa niña. No pudimos ayudarla porque todos estábamos enfermos. Nadie podía tenerse parado. Fueron los marineros que tuvieron que hacer de partera. El doctor mismo estaba enfermo. El 9 y 10 de mayo tuvimos nuestra primera tempestad. Creíamos que zozobrábamos. Los elementos estaban desencadenados. Las olas subían tan alto, que me parecían ser las más altas montañas que jamás he visto, y en el hueco de ellas, el barco parecía estar en un valle. El balanceo era tan fuerte que nuestro equipaje se chocaba y andaba el uno sobre el otro. Fuimos atropellados durante treinta horas. El Capitán nos tranquilizó, diciéndonos que había hecho doce veces el mismo viaje, y que íbamos a tener tres semanas de buen tiempo. Y así fue...”.

NOTA: el barco no era el Mary Mac Near, sino otro que salió después y cuyo nombre el autor no cita.

**Conceptos de la carta de Morard Laurent Jos.,
medecin, dirigida al Señor Consejero de Estado,
Antonio Riedmatten, Sion, desde San José y con
fecha 21 de febrero de 1862.**

Expresa que: el viaje por mar fue bastante malo por los enfermos en la travesía. Faltaba agua dulce, había enfermos con fiebre que les producía una erupción. Durante tres días reclamó agua dulce para hacerles un baño. Se lo pedía al Capitán Blanchard, quien no accedía. Un niño se murió de sed. El Capitán era un tirano y le decía que se atenga a la distribución: una botella a la mañana y una a la tarde para tantos enfermos no alcanzaba. Se comía papa y algo de carne de cerdo, café sin azúcar y sin leche. La galleta era dura. El tenía dos vasos de vino por día. Reclamó mejor lugar para su mujer e hijo, pero el Capitán, “ese tigre”, rehusó. El viaje era de Bordeaux a Montevideo. Luego hizo más de 100 leguas hasta la Villa de Concepción del Uruguay, a siete leguas de la Colonia.

**Relato de José Emanuel Bonvin dirigido al Señor
Juez, fechado en San José, el 25 de noviembre de
1857.**

“Señor Juez.

Por la presente, mi muy querido amigo, quiero hacer conocer nuestras noticias; vosotros habéis escuchado decir que nosotros estamos muertos, y gracias a Dios, tenemos la satisfacción de deciros que gozamos de buena salud: en nuestra comunidad no hay muertos ni enfermos, excepto algunos inconvenientes sobre el mar. Si alguno

quiere seguirnos, que se provean de líquido para tomar en caso de malestar y para soportar el gran calor sobre el mar.

Nosotros hemos partido del Havre el 22 de marzo, domingo a la mañana, y hemos llegado a Buenos Aires el 24 de mayo; acá conocimos la noticia de que no se podía ir a Corrientes, que se había cambiado de gobierno y que había quedado sin efecto el tratado hecho con Juan Lelong. Se nos condujo a Ibicuy, provincia de Entre Ríos, pero como allí el terreno era pantanoso, salimos de Ibicuy el 21 de junio para ir a otra colonia de la misma provincia, frente a Paysandú, sobre el borde del Uruguay, tierra del General Urquiza, y fuimos ubicados sobre la concesión el 11 de agosto.

La concesión es muy bella, tiene 100 mil toesas de extensión, toda una buena pradera, ni piedras ni arbustos; tenemos agua al costado de nuestra casa; lo que se ha plantado y sembrado ha dado muy buenos frutos, excepto las viñas.

De las viñas que estaban marchitas antes de llegar, una sola fructificó. Tenemos 4 bueyes, 5 vacas, 5 terneros, 2 caballos, 4 cerdos. Yo tengo la 5a. parte de todo esto: aunque todo es de buena apariencia quiero quedarme para estar seguro del producto. Si me va como espero, aquí me quedo, y si por azar las cosechas no dieran buen resultado, regreso a Valais.

Os ruego de hacer conocer esto a mi tío Juan Bautista Torrent, que no se apure a partir, que espere que le envíe otra carta cuando conozca la realidad de lo producido y el medio de pagar rápido las deudas. El clima es muy saludable. Tengo que hacer 2 leguas para ir al monte; como es llano se va en carro. Queda a 8 horas de la ciudad.

María Bonvin, vuestra cuñada, os ruega hacer conocer a su hermana Angélica que si ella quiere seguirnos, que haga provisiones para las necesidades del mar: queso, pan duro, carne seca y vino tinto y que cierre bien sus maletas para preservarlas de la humedad.

Ella saluda desde el fondo de su corazón a sus dos hermanas Magdalena y Angélica. Os ruega salude al Reverendo Cura de Grange y Mr. Fardel, Cura de Ayent. Ella no queda más aquí en la Colonia pues trabaja con el Exmo. General Urquiza, quien nos concede el terreno, animales y provisiones.

Yo termino Sr. Juez, os saludo con todo mi corazón. Os deseo a todos lo que puedo desear según Dios para mí

Su seguro servidor

José Emanuel Bonvin”

PRIMERAS IMPRESIONES

Los inmigrantes, al llegar a estas tierras, se apresuraron a comunicar a sus parientes todo cuanto encontraron: suelo, clima, productos, habitantes. Al leer esas cartas, se observan puntos de coincidencia.

Párrafos de la carta de Jean Baptista Blatter al Vice presidente Moix, St. Martin, desde San José, 12 de diciembre de 1857.

Mis queridos parientes, desde el 22 de marzo que fuimos embarcados, no hemos visto a ningún sacerdote hasta el 12 de julio en que ha llegado uno a decirnos la misa, haciéndonos un hermoso sermón, prometiéndonos ayudarnos. Nuestros ojos se humedecieron con lágrimas de alegría. Él bautizó un niño nacido en el viaje: el General Urquiza ha sido padrino y después de la ceremonia del bautismo hubo formación de tropas, actuando la Banda del General.

El 6 de octubre estaba ya ubicado sobre mis concesiones que confinaban con mis vecinos Zermatten, Quinodoz, y cerca de Pedro. Hay pastos y los animales viven

cerca. En la esquina de la concesión era posible hacer molinos y se dice que las piedras que allí hay serían buenas para hacer muelas de molinos. Pronto construiremos la iglesia y la ciudad. Sobre la colonia no hay bosques, por lo tanto todos los árboles que son plantados crecen a maravillas y toda clase de semilla del país tiene un buen comienzo, pero aquellas traídas a través del mar se han perdido.

Las vacas dan buena leche como en Valais. El General las vende al precio de 11 la pieza, y comprándolas a los particulares cuestan hasta 25 cada una. Los caballos son muy listos y se los pueden atar al carro siendo el precio de los caballos, 30 francos. Los bueyes son fuertes para el arado. El precio es de 25 la pieza; sea caballo, sea buey, aquellos que no son buenos se pueden cambiarlos.

Todo el país es una bella llanura y estoy de acuerdo con el Presidente Gaspoz que el Valais es pobre y triste rincón mal atemperado y lleno de precipicios. Por lo tanto, nadie de allá puede sentir hablar más que de bueno. Aquí estamos en un hermoso país, el clima es mucho más saludable que en Valais. Aquí nadie se ha enfermado pues el clima es suave. Más fuerte es el invierno, encontrando en la pradera los animales del verano, flores y agua. La brisa que corre día y noche impide sufrir calor. Yo no me arrepiento ni un día de haber partido; al contrario, yo agradezco a Dios de haberme inspirado esta intención y haberme permitido cumplirla.

Las gentes del país son todas afables y buenas, tanto en sus casas o cabañas de gauchos, quienes no lo dejan partir sin haber tomado un descanso de sus tareas en su propia casa de campaña y no quieren recibir nada a cambio.

En la ciudad todo es caro, excepto regalos de los mercaderes venidos de Europa.

Ellos están ricos y son buenos. En cuanto a las bestias salvajes no tenemos más que langostas para la cosecha del maíz. No conocemos el resultado. Bestias salvajes no hay aquí, salvo serpientes, liebres, hormigas. Hay muchas especies de gallinas. Las aves son lindas pero las más comunes son la perdiz y pájaros azules con cresta roja, y se escucha su canto.

Mis queridos amigos: aunque todas son buenas apariencias, se dice que todo lo que brilla no es oro. Yo vuelvo a la langosta. Aunque la tierra esté casi sin insectos durante los tres primeros días de noviembre se ha visto volar una nube de langosta a través de la Colonia hasta oscurecer la claridad del sol sobre la tierra, pero esta vez por suerte no ha tocado la Colonia. Pero a partir de su llegada, en un instante en que se detienen sobre los árboles han comido el verdor del lugar; son gruesas como mi dedo pequeño. Forman tropas que marchan todas juntas y si entran en nuestra Colonia y no se hace guardia se aprovechan del campo y lo terminan en dos horas; pero la gente del país dice que no vienen más que algunos años...

El Paraíso no está dado en este mundo. Vendrá y entrará en él quien se conforme con el Evangelio y como por toda la tierra se encuentran cruces, se puede ir de todos los sitios al Paraíso. Aquel que desea venir porque no tiene nada o no está bien en su casa, que no deje de venir a ganar su pan en América más que en Valais sin contar que se tiene una hermosa tierra y que se espera todavía hacerse rico con su producto...

Mis queridos parientes y amigos, os me tenéis digno de fe, yo os he dicho la pura verdad en tanto que la conozco, pero la poca precisión a causa del poco tiempo que estoy establecido en este país, me impide conocer con abun-

dancia los resultados de las buenas apariencias y el consejo que debo dar a mis amigos. Yo escribiré otra vez porque se tiene la libertad de escribir lo que me parece y el franqueo de las cartas es libre. Muchos amigos me han pedido que les escriba y os tengo a la memoria pero envió una serie de pura verdad comunicada, créame que digo la verdad y nada más que la verdad, tal es mi divisa y termino mis queridos parientes y amigos enviando un abrazo de mi corazón.

Juan Bautista Blatter

Conceptos de Antonio Bonvin quien escribe desde San José el 3 de enero de 1858 al notario de Arbaz y a su hermano.

Después de quejarse de quien los conducía en el viaje, D. Martín Chafter, hombre de carácter duro y cruel que los trató con mala voluntad, agrega:

“...Por lo demás, hemos hecho una feliz travesía... Llegamos al Ibicuy en una vasta llanura, pero que no tenía buen terreno; tenía bosques, pero con madera muy espinosa; no tenía más que mala agua llena de toda clase de insectos; un país muy malsano donde jamás nada había prosperado. Había peligro de verse devorado por las bestias porque había tigres y otros.

Yo puedo decir que en ese momento uno se ha desesperado de verse engañado de esa manera. Nosotros reclamábamos inutilmente por la promesa que nos habían hecho antes de la partida. Mas todo era inútil. No se podía escapar, se creía estar exiliado en esta isla. El Sr. Beck y

Herzog, ellos, no han venido a preguntarnos si estábamos contentos, no han venido a hacer valer sus promesas. Nos han dejado a todos abandonados, pero luego nos han enviado un hombre que nos ha acompañado desde el barco hasta el Ibicuy, un hombre muy bueno llamado Carlos Marti, de Suiza. Él ha hecho por nosotros todo lo posible, buscó cambiarnos de país y de ubicarnos mejor. Este buen señor enseguida consiguió la amistad de todos por el trato y el buen corazón que tenía para nosotros... Nos embarcamos luego nuevamente y llegamos a la orilla izquierda del río en una pequeña nave y pusimos 13 días para hacer la travesía de 50 leguas. Llegamos felizmente a puerto y desembarcamos en un bosque donde quedamos más de 40 días esperando que organicen para instalarnos en la Colonia. El 10 de agosto nos ubicamos a una legua de la costa en una hermosa plataforma donde se podían ver al medio una vasta pradera, de un hermoso verdor, con heno en abundancia; su suelo es fértil y el país es muy sano aquí. Uno encuentra maderas, piedras y es muy fácil construir casas. Se encuentra todo esto muy cerca de la Colonia, el agua es muy buena y todo lo que hemos sembrado adelanta bien, todo prospera, esperamos tener una buena cosecha este año si Dios bendice nuestra obra. Mi querido amigo, yo puedo decir en verdad que no añoro el Valais, o por el contrario, yo quisiera haber estado toda mi vida aquí donde no se está en peligro de abreviar la vida por la contracción al trabajo como allá para recoger tristezas. En fin, yo estoy muy contento de mi suerte y gozo de perfecta salud... Yo invito a todos a seguirme. Dígales que tomen un buen arado belga y los útiles de labranza. Aquí son muy caros. También deben traer utensilios de cocina y sábanas de cama. Podría traer un buen carro, toda clase de árboles, así como también viñas, las embalarían en tierra hú-

meda para conservarlas; yo recompensaría a vuestra llegada. El General Urquiza, quien ha dado a cada familia 16 cuadras de buena tierra y dos vacas con sus terneros, cuatro bueyes para el cultivo, dos caballos y todo lo necesario hasta la nueva cosecha, nos dará precios muy favorables. Él adelantó a cada familia 500 francos reembolsables, en cuatro años pagaremos los intereses al 1,5% por mes en lugar de pagar aquí 2%. Después de todo, mi querido hermano, hágame el placer de enviarme una buena sirvienta: yo le devolveré el dinero del viaje a su arribo, y ella será feliz aquí conmigo...

Mis saludos amistosos

Antonio Bonvin

**Del Consejo Municipal de la Colonia San José,
4 de agosto de 1862.**

Con la firma de doce consejales, el texto expresa que:

Como en Europa circulan noticias desfavorables sobre los colonos, se hace un deber decir la verdad sobre la Colonia.

Ante todo, hay que decir que muchas familias que vinieron en 1861 desconocían totalmente la agricultura, como los emigrantes de Neuchatel, quienes eran casi todos relojeros y no encontraban trabajo. Muchos debieron alejarse de la Colonia hablando mal de la misma. También vinieron otros que no estaban habituados al trabajo de campo, y creían que en esta tierra todo se producía sin trabajar. Ellos dieron malas noticias.

La verdad es que las tierras son buenas pero es necesario creer que, aquí como allá, si no se trabaja no se produce. Luego, el escrito enumera todo lo que se puede cultivar: papas, trigo, maíz, hortalizas con la producción correspondiente. Observa que todo debe tenerse en cuenta, ya que no es el mismo terreno de Europa, pero es mucho menos penoso que allá. Nadie está obligado a llevar grandes pesos sobre sus espaldas, como en las montañas, pues hay bueyes y caballos para el transporte.

En Neuchatel se publicó una carta diciendo que las langostas devastan todo. Es cierto que hacen daño, pero no aparecen muy seguido, sino muy de tanto en tanto, y solo es un mal pasajero.

No se puede hablar de sequías pues hay agua en abundancia, siendo el clima bastante variado. Aquí hemos encontrado ventajas materiales y dejamos aclarado que los colonos no viven en la miseria ni en la esclavitud, salvo los perezosos y los que no trabajan, pues la riqueza es accesible a todos aquellos que tienen un poco de actividad, inteligencia y energía...

En fin, si no se encuentran aquí los beneficios de la vida social como en Europa, es porque es un país nuevo, y debe bien suponerse antes de quedarse en Europa, que la América no está más avanzada que ella, pero todos aquellos que quieran asegurar un porvenir a sus hijos, todos aquellos que tengan un pequeño capital y numerosa familia, todos aquellos que quieran gozar de la independencia, no pueden tomar mejor partido que venir a reunirse con nosotros.

En cuanto a nosotros, si recordamos alguna vez a la patria, no nos lamentamos de haber venido a América.

Firman: Crepy François, presidente y consejales: Jean Blanc, Jean Bourdon, Jean Bourlot, Julien Decurgez, Jo-

seph Varonnaz, Ant. Müller. Iohann Bodemmann, François Comte, Cyprien Paccot, León Donnet y Jean Meilland.

**Impresiones de Morard Laurent Jos. dirigidas al
Consejero de Estado Antonio Riedmatten de Sion,
el 21 de febrero de 1862.**

Después de relatar el viaje por mar y sus alternativas, expresa que: La superficie del terreno de la Colonia es toda ondulada a la manera de olas, formando valles. Hay tierra negra y también arenosa. La más fértil es para el maíz. Hay una tierra buena que sirve para cimientos de construcción; hay partes con piedras y otras sin ellas. Todas las plantas de Europa se pueden plantar aquí: vid, algodón, lino, batatas, maní. Luego continúa explicando todo lo concerniente a las plantaciones, haciendo mención, también, al olor extraño que dejan los zorrinos, lo cual impresiona.

El clima, dice, es bueno aunque enero y febrero son muy calurosos. Admira el cielo, las estrellas, la cruz del sur, la luna misma. Los bosques son bajos y espinosos.

Los habitantes son blancos, negros, mulatos, y si se los trata con prudencia son hospitalarios y de buen servicio. Se dicen católicos pero no tienen sacerdotes, especialmente los de campaña, y no se inquietan ni por el bautismo, ni la confesión ni la muerte. Los entierran cerca de su casa o donde se encuentran, y ahí plantan una cruz. Los domingos se visten mejor, pero no para ir a la Iglesia sino para visitar un tío o una tía. La mañana del domingo la pasan como tantas otras. Sus costumbres son especiales. Se ponen una camisa blanca como la nieve con una especie de sábana de otra tela, como un enorme pantalón con fran-

jas por debajo las piernas, con un grueso chal puesto por delante y que pasa entre las piernas y remata sobre las caderas para atrás. Son costumbres de la campaña. El rico anda a caballo cargado de plata. Los militares portan lo mismo que los de la campaña a excepción del sombrero que es reemplazado por un bonete como el policía francés cubierto de telas rojas con largos flecos que caen delante de la nariz. Los militares tienen una blusa roja; sus zapatos son los mismos con los que llegaron al mundo. Comen carne sin pan y sin legumbres; los más ricos solo tienen galletas. Beben agua y té de Brasil. No tienen mesas ni bancos. Comen alrededor del fuego. No tienen cucharas pero se las preparan con costillas de moluscos. Los tenedores son los cuatro dedos y el pulgar; el cuchillo lo llevan en la cintura y no se los quitan ni para dormir. Habría más cosas para contar. Los ricos tienen muchos animales. Sus casas no muestran miseria pero solo tienen mesas y sillas y algunas imágenes de la Santa Virgen y un crucifijo a más de otras cosas. La vajilla de la cocina consiste en ollas, algunas fuentes en hierro blanco o en tierra y un mal grabado en la casa de los mediocres. Hasta ahora no he dicho cosas más que de la Colonia. En verdad que la Colonia es la más bella tierra del mundo y fértil a pesar de todos aquellos que han venido a América para buscar fortuna y no la han encontrado. Los que quieren trabajar vienen ricos. Las deudas son penosas para la Colonia. De la Colonia y Villa llega un regente el domingo de mañana con sus carros de madera del bosque. En una palabra, la impiedad está a su parecer sin que nadie le diga nada; el Director de la Colonia, Alejo Peyret, a quien no se le reconoce ninguna religión, no hace más que poner orden al desorden, visto cuando dice que él es un "longe" de París; a parte de esto, él es el proveedor de la Colonia, tanto que tomamos la mitad de

la fariña, pagando la changa. De todos los sucesos se dio parte al General esperando que nos dé consuelo.

Nosotros tenemos un buen cura, el Padre Cot; los impíos tienen todo hecho para que se vaya, pero gracias a los buenos saboyanos, piamonteses y algunos buenos valesanos, él está a pesar de ellos...

En fin, yo estoy muy contento de estar aquí.

EL P. COT VIAJARÁ A EUROPA EN BUSCA DE NUEVAS FAMILIAS

María Bonvin, inmigrante llegada en 1857, trabaja en la residencia de Urquiza donde se ha enterado de los proyectos de colonización del General y del viaje del P. Cot a Europa con el fin de traer nuevas familias. En una carta escrita desde la casa del Presidente de la Confederación, con fecha 30 de octubre de 1858, da noticias a sus parientes.

“Mi querido cuñado y mi buena hermana:

Yo os he escrito una vez, pero como hace tiempo que Ud. mismo no me escribe, dudo que haya recibido mi carta. Estoy muy contenta de encontrar una ocasión favorable de hacer porvenir aquí. Esta es a fin de tranquilizaros sobre mi suerte y la de nuestro hermano. Gracias a Dios hemos tenido un buen viaje sobre el mar y hemos gozado siempre sobre todo después que hemos llegado a la Colonia, de buena salud. Para mí todo este beneficio, no puedo más que felicitarme de nuestra venida a América.

Como se necesitaba en la casa del Sr. Presidente una hija de la Colonia para ayudar a los otros domésticos de

la casa, se me ha aceptado allí: me dan 6 piastras por mes, es decir 30 francos. Hace alrededor de un año que yo entré en esta casa. La familia del Sr. Presidente está ahora en el castillo de San José, a 8 horas alrededor de la Colonia. El señor Capellán de la familia va a ver los colonos de tiempo en tiempo, y he aprendido de él que la Colonia está hecha sobre un buen pie. Aquellos que no se han dedicado a la pereza tienen muy hermosos campos de trigo, de maíz, de papas y de otras cosas; las pequeñas plantas que el Señor Presidente ha dado a los colonos prosperan a maravillas, y pronto se ha de plantar algodón, que dará ciertamente un buen producto sin costar mucho trabajo. De manera que yo creo poder persuadiros, para vuestro bien, de seguirnos. Con vuestra bella familia no podrá faltar bienestar.

El Señor Presidente va a enviar a su Capellán a Europa para elegir una centena de familias a las cuales él dará las instrucciones convenientes para venir a la Colonia. Él pasará al Cantón de Berna, al Valais, y enseguida a la Saboya, pues él volverá a Fenestrelles (en Piamonte) su país; aquí ayudará a sus hermanos a prepararse para venir con él a la Colonia. Se detendrá algunos días en Sion donde Uds. podrán encontrarlo. Él dará aviso de su llegada. Uds. harían bien de comenzar a vender vuestra herencia sin divulgar todo esto. De otro modo Uds. serán probablemente impedidos de vender a mejor precio.

En cuanto el Señor Capellán pase por el Valais explicará cómo se puede vivir y ponerse cómodamente por aquí sin trabajar tanto como en casa; no tomará más que gente que quiera venir.

En cuanto al viaje sobre el mar, es necesario tener confianza en Dios. Si la nave no naufraga, todo el resto no es nada. Algunos pequeños inconvenientes son enseguida

salvados. Todavía hay mucha gente que no siente malestar sobre el mar. Yo debo decirles que aquí las tierras están sujetas a algunas disposiciones. Todos los gastos que debemos soportar los colonos, se reducen a pagar el cura y las institutrices, lo que será bien poca cosa. Hasta el presente no tienen cura, pero el Señor Capellán, que habla francés ha ofrecido su ministerio y muchos han aprovechado. Cuando él regrese de Europa y la Colonia esté más completa, el Señor Presidente le dará un cura. Salvo un grupo de familias protestantes, toda la Colonia estará compuesta de católicos. En adelante, no se recibirá más protestantes.

En fin, yo lo repito: creo que Uds. harán bien en venir. Ciertamente, si no estuviera bien persuadida de esto que he visto y entendido, me guardaría bien de persuadirlos, a pesar de todo el placer que tendría de recibirlos y estar cerca de Uds. No creáis que la tierra sea toda para roturar. No hay piedras para amontonar, ni árboles en cantidad para sacar. Las hierbas ellas mismas no prosperan pues sus raíces no crecen mucho. La tierra no es difícil de labrar más que la primera vez: se necesita enganchar dos pares de bueyes. Aquellos que vinieron antes pagaron la concesión 190 piastras, o sea 750 francos. El Señor Capellán os dará otros detalles. Hace saber todo esto a la hermana Angélica que desea también venir con el querido cuñado.

Quiera dar mis saludos al Señor Cura de Aien y al de Grenya, así como a todos nuestros parientes y amigos.

El primo Torrent Romain así como su familia están bien y os saludan.

Afectuosamente

María Bonvin

Mi dirección: Mme. María Bonvin, casa del Señor Presidente de la Confederación Argentina. Es necesario franquearla, sino ella no vendrá. Yo deseo vivamente saber cómo os portáis y aquellos que han llegado después de nuestra partida tengan la bondad de escribirme, sobre todo si no se deciden a venir con nosotros a reunirse”.

LA MUERTE DEL P. LORENZO COT

La muerte del P. Lorenzo Cot es un punto oscuro en la historia de la Colonia. No se han dado todavía los hechos con claridad pues la documentación oficial no ha sido revelada. Un colono contemporáneo al suceso hace el relato personal del mismo por medio de una carta a sus parientes.

Provincia de Entre Ríos, Confederación Argentina,
América del Sur, Colonia San José,
24 de octubre de 1868.

Muy querido tío:

Yo vengo por la presente a anunciaros una noticia pero no muy bella. La América, mi querido tío, se puede decir que es uno de los más hermosos países que haya sobre el globo. Pero, evidentemente, son nuestros senadores quienes cometen los más grandes absurdos; es por los cuales que el Señor Cura Cot ha sido asesinado en la ciudad de Colón el 28 de setiembre último hacia las siete horas de la tarde. Un hombre enmascarado vino a llamarlo para ir a confesar a una mujer que estaba a una pequeña distancia de la ciudad, la cual estaba gravemente enferma, y co-

mo el Señor Cura Cot había ya sobreentendido las amenazas, no quería ir allí, y viendo al hombre disfrazado le preguntó por qué. ¡Oh! —no es nada—, él aportó las excusas que tenía mucho sufrimiento del mal de dientes; al fin, él va y cuando fue en los matorrales, uno comienza por apretarlo por el cuerpo, y le salen unos ocho con bastones, estiletes y revólver, en fin, se le ha destrozado todo el cuello. Si el Señor en la casa del cual el Cura Cot tomaba pensión había ido a acompañarlo, él ha debido salvarse como pudo, y huyendo, ellos han tirado cuatro tiros de revólver detrás de él. Pero felizmente ellos no lo han alcanzado. Si este Señor no ha osado ir a declarar él mismo al jefe político, es porque el jefe político era parte de los consejales que ellos están complicados en esta acción. La tarde que ellos lo han matado, todos estos jefes habían salido lejos de la ciudad. Hecho ésto, se ha fingido encerrar dos vascos franceses durante unos ocho días injustamente.

El Señor Obispo de Paraná había enviado al Padre Cot para administrador de la ciudad de Colón, y los jefes, sus famosos hijos del país no lo querían, porque otros de otros países querían estar allí, y de acuerdo con los blancos, de la misma línea y barbarie, y que se podría decirle a todos que un buen hombre han matado, el uno, para guardar al otro, pero ahora ellos no tienen el uno ni el otro, y sí un gran deshonor para la ciudad; felizmente que la Colonia tiene el suyo, tiene sus sacerdotes, y ahora los colonos no van casi a pensar que allá en la administración los negocios no van muy bien.

Yo no os puedo contar todos los hechos en pocas palabras; los hombres de acción, que hacen lo más grande, ellos vienen comisarios, y así enseguida después he aquí, buenos legisladores. En fin, en cuanto a los que quedan, gracias a Dios, la salud es satisfactoria. Yo os deseo que

Ud. goce de la misma; y la cosecha tiene muy buena cara. Pienso que en adelante mis quehaceres irán un poco mejor. Primero mi tía me da mucho que hacer, y ahora ella está en la ciudad trabajando con el Sr. Torrent Romain quien quiere guardarla; a ella no le convenía con siete niños y le dijo Torrent que su hija Filomena se había casado con el hermano de Juan Rudaz, de Vay, el 15 de octubre último. He enviado una carta por Agustín Casau que fue a Europa: no sé si la ha recibido.

Quiera por favor tener un poco de compasión por mí de querer enviarme respuesta pues vuestras cartas me dan gran satisfacción. Recibid tiernos abrazos de mí y de mi mujer, los dos consagrados a Ud.; Dios dé bendiciones sobre Ud. y toda la familia.

Vuestro sobrino

Luis Eggs

CONCEPTOS RELATIVOS AL GENERAL URQUIZA

**Del Consejo Municipal de la Colonia San José,
4 de agosto de 1862.**

“...Tenemos libertad para producir lo que queremos y vender a quien nos parece. Estamos sometidos a la Constitución y a las leyes argentinas, pero exceptuados del servicio militar y toda especie de impuestos directos y personales. En fin, somos tan libres como un hombre debe ser en una sociedad civilizada. Esta situación está hecha sobre los dominios del General Urquiza quien siempre ha protegido al trabajo y quien no ha perseguido más que a los criminales y malechores”. “Tenemos una Iglesia y ejercemos libremente nuestro culto y una escuela donde los gastos son hechos por el gobierno. Hay seguridad, y aunque el país está poco habitado, los colonos pueden viajar de día y de noche con tranquilidad.

“En Europa se dice que este país es muy agitado y está siempre en guerra, pero es una falsa idea pensar que las guerras de acá son como las de Europa. Son solo expediciones donde mueren pocos y las batallas no duran mu-

cho. Esto se produce en las fronteras entre Santa Fe y Buenos Aires, así que jamás nos preocupa”.

“El General Urquiza, aunque se haya dicho algo contra él, es un hombre que comprende más que nadie la necesidad de la paz y desea hacer avanzar a su país, sin dejar de hacer sacrificios para asegurarla”.

“Después del arreglo que ha hecho con el General Mitre se puede creer que la tranquilidad está restablecida por largo tiempo y que todo el país va a aumentar su bienestar y su prosperidad. Este país tiene recursos extraordinarios, y a la vista del mundo, está llamado a un gran porvenir”.

**De Morard Laurent Jos. al Consejero de Estado,
Antonio Riedmatten, Sion, 21 de febrero de 1862.**

“...Los pobres de aquí podrían estar bien interesados, pero el General hace dos años que está en discordia con Buenos Aires. Circula una versión de que el General debe dejar el país o sea que sus dominios pasan a Buenos Aires. Todo esto hace que Urquiza tire el leño, y visto la buena voluntad de las tropas, ha resuelto servir a la Colonia”.

**De Jean Baptista Blatter al Vice Presidente Moix,
de St. Martin, 12 de diciembre de 1857.**

“...El General quiere todavía hacer llegar algunos cientos de familias para poblar este mismo llano. Después hará cerrar la Colonia con alambres para que los animales y gauchos no puedan entrar, y los nuestros no puedan escapar”.

ENTREVISTA A UN HIJO DE INMIGRANTE: JUAN VICENTE RUDAZ

(REALIZADA EN 1957)

1.- ¿Quiénes fueron sus padres y qué edad tiene?

Mis padres fueron: Luisa Micheloud y Francisco Rudaz. Tengo 81 años.

2.- ¿Cómo fueron los primeros tiempos de la Colonia?

Fueron tiempos de trabajo, de lucha y de coraje. Contaban mis padres que debieron cortar hierbas con una hoz y colocarlas sobre las ramas más bajas de los árboles para poder dormir. Los primeros techos los hicieron con paja y como no tenían alambres debían doblarlas en las puntas. Los malevos siempre nos tuvieron alertos, y como todos éramos más o menos buenos tiradores teníamos que estar listos para la noche. Urquiza nos había dicho: “después de la puesta del sol, manden balas”. ¡Y no digo de los animales!. Había que hacerle un cerco con un zanjón o con ñapindá para que no se alejaran. Los chicos se peleaban en el monte hasta por una planta ñapindá.

3.- ¿Trabajó Ud. con el General Urquiza?

No, pero tenía tres tíos que trabajaban en su quinta:

uno, bastante miedoso, pero los otros dos eran bravos como tigres. Cierta vez estaban recibiendo sus órdenes, y empiezan a reírse a carcajadas por un percance ruidoso ocurrido a uno de ellos. Previendo la furia del General se volvieron a la Colonia, mas enseguida llega la orden de presentarse inmediatamente en el Palacio. Obedecieron, pero antes se llenaron los bolsillos de arena, pues le podía venir bien. Los tuvieron mediodía a la espera, le sirven un succulento almuerzo, para mejor terminar...! les dice el cocinero. Por fin, los llama Urquiza para decirles: "Los necesito, pues con Uds. dos me animo recorrer toda la República, pero con los 2000 que tengo aquí ni me muevo".

4.- ¿Recuerda alguna anécdota?

Sí... el vino era bueno, y Casimiro Chapé se había pasado un poco. Se lo marcharon y le pusieron el cepo que estaba hecho con un tronco de tala y le atravesaron otro con dos tuercas. Ahí lo dejaron en el suelo. Pero a D. Casimiro no le gustó ese lecho y amaneció en su casa con todos los troncos de tala a cuesta. Ya no lo buscaron a él: lo que interesaba era encontrar el cepo que lo hallaron en el patio de su casa al día después.

5.- ¿Tiene presente la primer Iglesia?

Sí, era más pequeña y estaba al Norte de la actual. Como no tenía campana, Brossard hacía resonar una reja de arado. En la escuela del P. Beruard, yo dí clase en 1º y 2º grado, y entre mis alumnos figuran Félix Decurgez, Juan Bard, Julio y Jorge Bouvier, Pralong, Juan Forclaz.

6.- ¿Recuerda las fiestas de antaño?

¡Cómo no! La del Cincuentenario es imborrable, y pa-

sé en la Plaza tres días y tres noches. Además, los franceses, los suizos y los italianos festejaban sus fechas principales; posiblemente la más divertida era la italiana. Los suizos festejaban con carne y queso asado, al que comían con cucharas, pan y vino. También se hacía el palo enjabonado, y el caso más extraordinario lo realizó Emilio Bidal, de 50 años, quien iba a misa y se le ocurrió antes subir por dicho palo enjabonado con botines y traje. Subió los 14 metros del palo, pero como él solamente quería sentarse sobre la rueda que mantenían los premios, se bajó sin traerse nada. Luego subió Juan Gay, quien se ayudó con dos fajas y estuvo dos horas para llegar, bajando un hermoso reloj de mesa.

7.- ¿Conoce canciones que trajeron los colonos?

¡Oh! Pasamos la vida cantando. Cuando se embarcaron para América cantaron en el puerto la canción de la partida. Actualmente canto 150 canciones cuyas letras tengo encuadradas cuidadosamente. Cuando a las tres de la mañana marchábamos a la siembra, nuestra voz se oía desde muy lejos. Les puedo asegurar que antes se cantaba mucho más que ahora y nos sentíamos como hermanos al evocar los mismos recuerdos, en el trabajo como en las fiestas, a través de su letra nostálgica.

FUNDACIÓN DE LA VILLA DE COLÓN

Muchos datos existen sobre la fundación de la ciudad de Colón, el 12 de abril de 1863, a través de los periódicos y de documentos oficiales. Pero también es interesante conocer este hecho trascendente según lo cuenta una habitante de la Colonia a sus familiares de Europa.

Mme. María Bonvin ha escrito el 30 de abril de 1863 una carta a sus parientes del Valais en los siguientes términos:

“...Estoy bien, con buena salud, gracias a Dios. He hecho hacer una casa para mí contra la concesión de Domingo Godein. Quedo sola en mi casa con todos los quehaceres. Tengo 12 cabezas de ganado. Me encuentro contenta en mi caverna. Dios sea bendito... En cuanto a las ocupaciones de la Colonia, he tenido una cosecha razonable de trigo; una pequeña cosecha tiene buen precio, 4 francos; el maíz, una gran cosecha, 2 francos. Hay maní, batatas y otras cositas en abundancia.

“Su Excelencia Sr. General Urquiza ha venido a hacer una gran fiesta sobre el lugar designado para la ciudad que se llama Villa Colón, a una media hora de la Colonia, y ha venido con sus músicos para poner ahí la piedra fundamental de la Iglesia; el cura de Uruguay ha ve-

nido a decir la misa; todos los colonos en condiciones han ido con las armas.

“Su excelencia el General Urquiza ha pasado con el asado alrededor del fuego, del vino, de la cerveza, del pan, y había gente en abundancia para asistir a esta fiesta.

“Yo no tengo otra noticia para darle de la Colonia. Termino mi carta y os abrazo con todo mi corazón...”.

CUANDO EL SENTIMIENTO APRIETA

La lectura de cartas diversas escritas en los primeros tiempos de lucha a los familiares que habían quedado en Europa, presenta también párrafos desgarradores, causados por la ausencia del ser querido, o por la distancia, o por la nostalgia.

Algunas, tomadas al azar:

“Escribo por tercera vez y no he tenido ninguna respuesta. No pasa un día sin que piense en Uds., pues yo no puedo callar mis sentimientos. Espero que retornaré a Europa en algún tiempo, y tengan Uds. por seguro que volveré a mi hogar. Desgraciadamente yo pienso demasiado en Uds. Si algún pariente quisiera venir, me alegraría mucho. Los saludo del fondo de mi corazón y sepan que pienso seguido en Uds...”.

Desesperación:

“Apenada por la muerte de mi hermano, todo me conduce a mi propia ruina. La pena para mí no tiene consuelo. Yo sola azotada de quedarme toda la noche gimiendo y llorando. Recomiendo hacer decir una misa; en la Colonia

es muy difícil; en la ciudad cuesta 100 francos. Ud. sabe que estoy vieja, incapaz de trabajar, y si encuentra personas caritativas que quieran venir en mi ayuda en mi desgracia, yo no tengo más que lamentarme de mi suerte. Yo pensaba siempre en el reencuentro, pero en este momento no puedo. La salud me marca la vejez. Tengo siempre en recuerdo mis queridos sobrinos y sobrinas y son siempre queridos a mi espíritu y llevo el recuerdo de mi infancia en mi corazón”.

Enfermedad:

“Tuve una gran enfermedad, durante tres meses estuve enferma de muerte, pero gracias a las buenas gentes que me asistieron, todo ha pasado”.

Felicidad:

“América, mi querido tío, puedo decir que es lo más hermoso que hay sobre el Globo!”.

“...Estoy con perfecta salud y feliz. Todo el pesar que tengo no es más que el deseo de verlos aquí cerca de mí. Espero, mi estimado padre, que pensará todavía en mí y que no habrá olvidado la amistad que tuvimos siempre...”.

CONCLUSIÓN

El aniversario de la fundación de una ciudad merece un espacio en el tiempo, que todo lo abarque, rememore y proyecte. Han pasado 125 años desde la llegada de los inmigrantes hasta la actualidad.

Las hojas del pasado se van cubriendo de polvo; los viejos baúles ya casi perdieron sus formas; los retratos amarillentos quisieran hablar de una existencia que no fue en vano. Los recuerdos auscultan en el tiempo un palpitar que entenece: quedaron las cartas, trozos sentidos salidos de la pluma de aquellos luchadores sin medidas, frases llenas de esperanzas unas y otras, repletas de dolor.

Solo algunos escritos han sido escogidos para evocar la gesta colonizadora, traduciendo así el pensamiento personal del colono que se manifiesta tal cual ha sentido y vivido dejando oír su voz a través de las conmemoraciones.

NOTA: Las fotocopias de los textos transcritos han sido remitidas por el Archivo del Estado de Valais, Suiza.

INDICE

	Pág.
LA COLONIA SAN JOSE	7
Antecedentes	7
Preparativos para el viaje	8
Rumbo a América	9
La Colonia San José	11
LA VOZ DEL INMIGRANTE	15
Sobre el viaje	16
Primeras impresiones	22
El P. Cot viajará a Europa en busca de nuevas familias	32
La muerte del P. Cot	36
Conceptos relativos al General Urquiza	39
Entrevista a un hijo de inmigrante: Juan Vicente Rudaz ...	41
Fundación de la Villa de Colón	44
Cuando el sentimiento aprieta	46
Conclusión	48

**En su primera edición de 500 ejemplares
se terminó de imprimir el 26 de Mayo de
1982, en los Talleres Gráficos de Librería
y Editorial Colmegna S.A. - S. Martín 2546
Santa Fe (Rep. Argentina)**

I.S.B.N. 950-035-009-2